

## Una era que comienza

Por Sebastián SALAZAR BONDY

LA BRECHA que hace unos días abrió en el firmamento el piloto Yuri Alexiovitch Gagarin en su vertiginosa cápsula espacial inicia una era, ya se ha dicho. La realidad se amplía. Nuevas perspectivas se descubren al conocimiento del cósmos. El universo, atisbado a través de las lentes de los poderosos telescopios, es poseído por la pequeña criatura inteligente en la que culminó el germen de la vida surgido en las aguas del caos. Mientras señorea el espacio sideral, el ojo humano puede ver —y el oído oír, y la mano tocar— las incognitas del sistema en el que está incluido, como un elemento más, el planeta al cual pertenece. La noticia de la hazaña produjo un calofrío primero. Luego una alegría colectiva que no supo de fronteras, razas, diferencias. Enseguida, al fin, la serena convicción de que el pensamiento —el vuelo es obra del pensamiento— no encuentra límites en su afán de saber y conquistar la verdad.

HAY INGENUOS, sin embargo, que estiman que la asunción del espacio sideral es sólo un triunfo de una fría técnica, y que constituye un golpe de muerte para la otra inquietud del espíritu humano, la de la imaginación, la de la poesía. Antes que a nadie, fue al poeta al que se le revelaron en imágenes las audaces ideas de establecer más allá de lo visible hasta tocar las incandescencias celestes, aunque ellas, como en el mito, quemaran sus alas y lo derribaran a tierra. La dimensión poética del viaje de Gagarin no es menor que la científica. La fantasía incorpora esta flamante realidad —el cielo oscuro, la esfera azul, la ingravidez del cuerpo— a su caudal, y de él aprovechará los símbolos eternos, los signos permanentes. Y dar; mañana un salto más grande aún que aquel que celebramos ahora.

CADA VEZ que la ciencia ha avanzado en su prospección de la verdad se han producido tres reacciones: la que atribuía al éxito la condición de pecaminoso y punible desafío a lo desconocido, la que reducía todo al poder del materialismo capaz de fracturar cualquier enigma, y la que conjugaba, en la invención, la fuerza del sueño imaginativo y la aptitud del hombre para hacerlo realidad. Esta última, por cierto, fue siempre la posición de los que no distinguen, porque no se dan, los dos planos de espíritu y materia puros como divergentes e irreconciliables. Hoy, en la meditación del hombre de laboratorio y números, y en el delirio del ensoñado, se descubre una inspiración semejante. Si hay musas, las musas visitan a los hombres de espíritu sin discriminar si escriben un poema o persiguen una fórmula.

Y LA META de esas dos clases de soñadores, el científico y el lírico, no es otra que la de obtener para el hombre una paz efectiva y, sobre todo, una plenitud moral con libertad y grandeza. Los logros que no se compadezcan con esa finalidad no cumplirán en su auténtico sentido. En vez de éxitos, serán fracasos, pues, como escribió Jean Rostand, el hombre será extraño para sí, se sentirá cosa de la nada, "milagro sin interés". Consuelan, por ello, las palabras del piloto de la nave que hendió hace unos días el misterio cuando declaró que el espacio es un campo en que todos los hombres tienen cabida para el placer, la investigación, el riesgo explorador. Un mundo nuevo tendrá, inevitablemente, que asentarse en el principio de que todos trabajamos para todos, y de que los egoísmos nacionales o individuales son manifestaciones de una sociedad que está por desaparecer, que ha comenzado a desaparecer ya. La era que se inicia no es tanto la era del ser humano fuera del planeta —tal es la ocurrencia externa—, sino la era de la confraternidad cuyo propósito es la total apropiación del universo por quien es su forma más alta, más bella, más poderosa: el "homo sapiens".